

## Las elecciones argentinas de 1983

El 30 de octubre de 1983 se celebraron en la República Argentina las elecciones generales anunciadas por su presidente, general Reynaldo Bignone, al cumplirse el primer aniversario de su mandato y convocadas por ley sancionada y promulgada el 23 de junio y publicada el 28 del mismo mes. Desde septiembre de 1973, cuando con el 62 por 100 de los votos triunfó el general Juan Domingo Perón, no se celebraban elecciones, y desde hacía casi ocho años se había interrumpido la vida parlamentaria tras el golpe militar (marzo de 1976) que llevó a la presidencia al general Videla.

Tras un no corto período de gobierno militar, uno más en medio siglo, la Argentina estaba dispuesta a volver a la vida constitucional. «La Argentina tiene una fuerte tradición y vocación democrática», ha escrito el historiador Ezequiel Gallo. Una tradición y vocación con frecuencia quebrantadas, pues como el mismo autor añade «el desencuentro entre valores republicanos y prácticas democráticas es, creemos, uno de los rasgos más dolorosos de nuestra vida política»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Ezequiel Gallo, *Reflexiones sobre la crisis de la democracia argentina*, en Carlos Fioria (comp.), *Reflexiones sobre la Argentina política*, Buenos Aires, 1981, pág. 21.

### La crisis de 1930

El desencuentro tiene una fecha de partida: 1930. Entonces por vez primera en nuestro siglo irrumpen las Fuerzas Armadas en la esfera del poder político y derriban al presidente Yrigoyen para sustituirlo por un hombre de armas.

1930 es una fecha clave para la comprensión de la historia contemporánea de la Argentina, que inicia un giro co-pernicano en su existencia colectiva. Un esquema tradicional de país cuya economía está basada en la producción agropecuaria y en la exportación va a ser progresivamente sustituido por otro, a consecuencia de la crisis que conoce el mundo occidental tras la gran quiebra de la Bolsa de Nueva York en octubre de 1929. El esquema argentino previo había comenzado en 1860, cuando tras largos años de enfrentamientos y tensiones entre federales y unitarios se había conseguido la unidad del Estado e iniciado la expansión de la ganadería y de la agricultura. Varios elementos contribuyeron a ello: el alambrado de las tierras —el cónsul inglés Halbach fue el primero en alambra una estancia en todo su perímetro en 1855<sup>2</sup>—; el ferrocarril,

<sup>2</sup> Cfr. Noel H. Sbarra, *Historia del brado en la Argentina*, Buenos Aires, 1964.

que facilita el transporte de los productos exportables hacia los puertos; el fomento de la industria de salazones y más tarde, en 1883, la implantación de los frigoríficos. Ya en 1865 era Argentina el principal proveedor de lanas del mundo entero.

A la Argentina patricia del siglo xix fue sucediendo un país cuyas tierras se pueblan por los inmigrantes europeos, que llegaban atraídos por las posibilidades múltiples que les brindaba una nación joven y generosa. En 1869 se realiza, bajo la presidencia de Sarmiento, el primer censo nacional: de 1.830.000 habitantes, 200.000 son extranjeros. En el censo de 1895 se registran ya cuatro millones, uno de ellos son inmigrantes. Y entre 1903 y 1912 entraron 2.400.000 inmigrantes. En poco más de medio siglo, la estructura social y demográfica cambiaba por completo. Los hijos y los nietos de los inmigrantes se sentían plenamente argentinos, participantes en la creciente grandeza de un país que les hacía suyos.

Sin pasar mucho tiempo, estas gentes, cuyo ascenso económico y profesional era alentado por una fluida movilidad social que les situaba en una nueva clase media, serían convocadas por el caudillo del partido radical, Hipólito Yrigoyen, para incorporarse al juego político de los partidos. Tal operación fue facilitada por la ley electoral aprobada por el presidente Sáenz Peña en 1912, ley que al establecer el sufragio universal hizo posible la participación popular —limitada a los hombres, ya que el voto a la mujer sólo fue concedido por Perón— en las elecciones de 1916, que llevaron a la presidencia a Yrigoyen, el primer político radical que llegaba a la más alta magistratura de la nación. Su partido «carecía de un programa orgánico frente a los problemas nacionales; y, sin embargo, era evidente que entrañaba un estilo político origi-

nal y cierta propensión a dar soluciones nuevas»<sup>3</sup>.

El radicalismo, la Unión Cívica Radical, ejerció el poder desde 1916 hasta 1930. Marcelo T. de Alvar sucedió a Yrigoyen en 1922, y cuando concluyó su mandato en 1928, volvió a ser elegido Yrigoyen. Es indudable que la prestigiosa imagen que ante el mundo entero tuvo la Argentina del primer tercio de nuestro siglo se debió tanto a los buenos vientos que soplaron sobre su economía, una economía de dependencia externa, vinculada esencialmente a Inglaterra, como a la operante presencia de una clase media creciente, sólida y emprendedora.

Esta situación se quebró tras la gran crisis financiera y económica que arranca del famoso «jueves negro» de octubre de 1929. Desde Nueva York se proyecta una onda expansiva de depresión y ruina que alcanza a todo el mundo occidental y de manera muy dura a Iberoamérica. Ante la profunda confusión económica y social que sobreviene a la Argentina, el gobierno de Yrigoyen se muestra vacilante, incapaz, desbordado. Como ha escrito Gabriel del Mazo: «El *crack* tomó a nuestra economía sin organización estatal suficientemente defensiva, como era lógico dada su inusitada magnitud, así que la crisis tuvo manifestaciones análogas, múltiples e importantes en intensidad: la desocupación, las quiebras, la imposibilidad de contrastar empréstitos, la producción y comercialización con baja de precios, la disminución de la renta fiscal (la baja de la sola renta aduanera fue de 46 millones), y, en fin, la baja del poder de compra del peso»<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> José Luis Romero, *La experiencia argentina*, Buenos Aires, 1980, pág. 82.

<sup>4</sup> Gabriel del Mazo, *El radicalismo. Nafas sobre su historia y doctrina (1922-1952)*, Buenos Aires, 1955, pág. 147.

Es el momento aprovechado por los sectores conservadores, desplazados del poder desde 1916, para alentar un golpe militar que llevara al general Uriburu a la presidencia en septiembre de 1930. Se inicia un período denominado con dura expresión la «década infame»: es proscrito el partido radical y frenados cuando no anulados ciertos avances sociales<sup>5</sup>. Las gentes cayeron en el desaliento y en la amargura. Un pueblo que se sentía protagonista de «un destino peraltado» y con «vocación imperial» —según había apreciado Ortega y Gas-set<sup>6</sup>— se encontraba súbitamente en una situación de bancarrota. La rutilante y espléndida Buenos Aires se fue poblando de desempleados, de frustrados. El porteño, ese «hombre que está solo y espera», como lo calificaba Scalabrini Ortiz en el fino y analítico ensayo —publicado precisamente en 1931—, conoce la falta de trabajo y la pobreza. Roberto Arlt en sus *Aguafuertes porteñas*, libro publicado en 1932, retrató el clima social de desánimo y zozobra de aquellos años. Y hasta los autores de letras de tango se hacen eco de esa nostalgia melancólica de un ayer mejor, de ese desencanto que invade a las gentes de la ciudad.

<sup>5</sup> La bibliografía sobre este período es abundante. Puede consultarse en Darío Cantón, José L. Moreno y Alberto Ciría, *Argentina: la democracia constitucional y su crisis*, Buenos Aires, 1972. En cuanto a las intervenciones militares: Robert Á. Potash, *El ejército y la política en la Argentina*, 2 vols. (en el primero, de 1928 a 1945, y en el segundo, de 1945 a 1962), Buenos Aires, 1981; Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, 2 vols. (en el primero, hasta 1943, y en el segundo, desde 1943 a 1973), Buenos Aires, 1981. Desde distintos puntos de vista: Jorge Abelardo Ramos, *Historia del ejército argentino*, Buenos Aires, 1959, y Darío Cantón, *La política de los militares argentinos (1900-1971)*, Buenos Aires, 1971.

<sup>6</sup> Cfr. Antonio Lago Carballo, *Ortega y América*, en «Cuadernos del Idioma», 6 (Buenos Aires, 1965).

Si políticamente la intervención militar fue dirigida contra el radicalismo, «en el fondo era la respuesta del orden económico tradicional a la crisis de 1929, que parecía destinada a alterarlo profundamente. Los conservadores se apoderaron del poder para defenderlo, dispuestos a afrontar todos los riesgos que tal decisión implicaba y sabiendo que la revolución sería impopular»<sup>7</sup>.

Pero la crisis operó, paradójicamente, resultados inesperados. Por la ausencia de divisas y a consecuencia del hundimiento de los precios, el gobierno estableció el control de cambios y aumentó los derechos aduaneros. Comenzó a desarrollarse una industria de transformación y manufacturera que vino a sustituir las importaciones prohibidas. Las nuevas fábricas necesitaban nuevos obreros, que ya no proporcionaba la inmigración europea que había sido restringida, sino las provincias agrarias del interior y aun los países vecinos en peor situación económica. Gentes del campo que se desplazaban a las grandes ciudades, sobre todo a Buenos Aires, y en las que iba creciendo una nueva mentalidad. Esta nueva clase emergente, proletariado industrial, no encontraba acomodo en los partidos políticos al uso, ni siquiera en el socialista, de muy reducido ámbito. Tampoco los gremios o sindicatos tenían capacidad ni agilidad para la incorporación de esa nueva y potencial clientela.

Este proceso cobraría velocidad con la segunda guerra mundial, que traería consigo para la Argentina, igual que al resto de los países iberoamericanos, un forzoso aislamiento en sus relaciones comerciales con el exterior y un paralelo impulso industrializador que contribuiría, en buena medida, a la transformación de la estructura económica del país.

<sup>7</sup> José Luis Romero, *op. di.*, pág. 84.

## El primer peronismo

En ese telón de fondo hay que situar el golpe militar del 4 de junio de 1943, cuyos principales autores eran miembros de una logia militar, el GOU (Grupo de Oficiales Unidos), cuyos objetivos, orígenes e historia ha sido y sigue siendo motivo de las más contradictorias versiones<sup>8</sup>. En un punto están de acuerdo cuantos se han ocupado del tema: en el papel desempeñado por el entonces coronel Juan Domingo Perón tanto en el nacimiento como en el desarrollo del GOU. También en la intervención de 1943, para la que redactó el manifiesto o proclama, si bien en los primeros días sólo fue designado para un puesto secundario en el Ministerio de la Guerra. A los pocos meses, se iniciaba su fulgurante carrera política al ser nombrado secretario de Trabajo y Previsión, carrera en la que daría un salto cuando al general Ramírez le sucede el general Farrell, y éste designa a Perón para la vicepresidencia de la nación, además de ministro de la Guerra y secretario de Trabajo y Previsión.

En unos meses de intensísima actividad, Perón se abrió paso como el caudillo político del Ejército, a la vez que como la figura más prometedora de la situación. Desde el primer momento aprovechó las posibilidades que le ofrecía su cargo para potenciar a las masas trabajadoras, fortalecer los cauces gremiales, infundir en sus incipientes seguidores conciencia de sus posibilidades políticas. Las enormes corrientes de trabajadores llegados a los grandes centros urbanos e industriales desde las tierras del interior ingresaban en los gremios organizados y alentados desde el poder y obtenían derechos que no habían co-

nocido nunca. El «Primer Trabajador», como empezaba a ser llamado, aumentaba su talla política a la vez que conseguía para el régimen militar una base de adhesión popular difícil de imaginar el 4 de junio.

De ahí que cuando la acción de los sectores conservadores, respaldados por el embajador norteamericano Spruille Braden, fueren al general Farrell a prescindir de su vicepresidente y confinarle en la isla de Martín García, la presión de las masas populares convertirán la sanción a Perón en un apoteósico triunfo, preludio del que obtendrá en las elecciones presidenciales de febrero de 1946<sup>9</sup>.

Como ha escrito Bonifacio del Carril, «en 1945 el radicalismo era un partido anulado, quebrado desde 1930; el conservadurismo estaba desprestigiado por el fraude; el socialismo, limitado en sus posibilidades; el comunismo, todavía ausente. Por lo demás, con el advenimiento de las masas a la acción política, en adelante el voto iba a ser masivo. La era del caudillo de barrio, del asado y de las empanadas había pasado. La del intelectual —de izquierda o de derecha— también»<sup>10</sup>. Por su parte, un escritor y político de claros perfiles ideológicos, Mario Amadeo, afirmaba que «la grande y tal vez la única genialidad de Perón consistió en advertir la existencia latente de esas transformaciones (las conocidas por Argentina al finalizar el primer tercio del siglo) y ponerse a su cabeza utilizando los resortes estatales que le había conferido la revolución de junio y los que, luego, pudo arrebatarse a sus camaradas de armas. Si logró hacerlo es sin duda porque poseía algunas de las dotes que signan a un conductor. Hablaba en un lenguaje claro, preciso

<sup>8</sup> Cfr. Enrique Díaz Araujo, *El GOU en la revolución de 1943: una experiencia militarista en la Argentina*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 1970.

<sup>9</sup> Cfr. especialmente Félix Luna, *El 45*, Buenos Aires, 1969.

<sup>10</sup> Bonifacio del Carril, *La crisis argentina*, Buenos Aires, 1960, págs. 53-54.

y contundente, hecho para el simplismo de la multitud. Y sabía decir, en ese lenguaje, exactamente lo que la masa quería que se le dijera»<sup>1</sup>.

Pero no eran las masas el exclusivo apoyo electoral de Perón. Estaban con él algunos sectores radicales<sup>2</sup>, socialistas, católicos y nacionalistas, cansados de la vieja política y deseosos de que se produjera un cambio; estaban no pocos de los empresarios surgidos del proceso de industrialización; estaba buena parte de sus compañeros de armas. Queda fuera del propósito de este artículo relatar el desarrollo del régimen peronista a lo largo de sus casi diez años de existencia. Tampoco cabe intentar el análisis del proceso de deterioro sufrido por Perón, especialmente durante su segunda presidencia, agudizado tras la muerte de Eva Duarte<sup>3</sup>. Cuando en septiembre de 1955 se produce la caída de Perón, queda en pie como una indiscutible realidad un movimiento obrero con conciencia política de ser factor determinante a la hora de las elecciones. Los que integran ese movimiento son los mismos que en 1945 no podían, aun queriéndolo, sentirse solidarios con el sentido nacional. Habían sido atendidos por el sistema populista, por Perón, por Evita sobre todo, hasta extremos que hacen inevitable el calificativo de demagógicos. Pero con el sociólogo Gino Germani, cabe preguntarse en qué consistió tal demagogia. Y qui-

<sup>1</sup> Mario Amadeo, *Ayer, hoy, mañana*, Buenos Aires, 5.ª ed., 1956, pág. 96.

<sup>2</sup> Cfr. Carlos S. Fayt, *La naturaleza del peronismo*, Buenos Aires, 1967. Para el interés en el movimiento político-intelectual FORJA y su disolución en diciembre de 1945, cfr. Arturo Jauretche, *FORJA y la década infame*, Buenos Aires, 3.ª ed., 1974; Miguel Ángel Scenna, *FORJA. Una aventura argentina (De Yrigoyen a Perón)*, Buenos Aires, 1983.

<sup>3</sup> Cfr. Tulio Halperin Donghi, *La democracia de masas*, Buenos Aires, 1972, y la bibliografía allí citada.

zá sea válida la respuesta por él dada: «El dictador hizo demagogia, es verdad. Mas la parte efectiva de esa demagogia no fueron las ventajas materiales, sino el haber dado al pueblo la experiencia (ficticia o real) de que había logrado» ciertos derechos y que los estaban ejerciendo. Los trabajadores que apoyaban la dictadura, lejos de sentirse despojados de la libertad, estaban convencidos, de que la habían conquistado. Claro que aquí con la misma palabra libertad nos estamos refiriendo a dos cosas distintas: la libertad que habían perdido era una libertad que nunca habían realmente poseído; la libertad política a ejercer sobre el plano de la alta política, de la política lejana y abstracta. La libertad que creían haber ganado era la libertad concreta, inmediata, de afirmar sus derechos contra capataces y patrones, elegir delegados,, ganar pleitos en los tribunales laborales,, sentirse más dueños de sí mismos. Todo esto fue sentido por el obrero, por el trabajador general, como una afirmación de la dignidad personal»<sup>4</sup>.

La misma reforma de la Constitución (1 de mayo de 1949) parecía motivada por el deseo de incorporar al texto de 1853 una declamatoria proclamación de los «Derechos del Trabajador, la Familia, la Ancianidad y la Cultura». También se modificaba el principio de la no-reelección del presidente de la nación, lo que permitió a Perón ser elegido de nuevo en 1952, y se introdujo el artículo 40, por el que se declaraban de propiedad estatal «los minerales, las caídas de agua, los yacimientos de petróleo,, de carbón y de gas y las demás fuentes-naturales de energía», así como consagraba el monopolio estatal en la explotación de los servicios públicos.

Frente a las notas positivas del régimen peronista, entre las que cabe incluir

<sup>4</sup> Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, 1962, página 244.

las relativas a la gratuidad y extensión de la enseñanza incluso en los niveles superiores, no resulta difícil establecer una amplia relación de las notas negativas: deterioro progresivo de la economía, pérdida de poder adquisitivo de la moneda, quebranto de las finanzas públicas, inmoralidad administrativa, en-frentamiento con la Iglesia católica, retórica antioligárquica que contrasta con la falta de medidas eficaces contra la clase económicamente poderosa. Ni hubo reforma agraria ni cambios radicales en la estructura del poder económico. Los excesos dialécticos, los halagos verbales hacia los «descamisados», •enmascaraban una debilidad de fondo. Todo eso explica que al sucumbir en septiembre de 1955 ante el golpe militar encabezado por el general Lonardi, pudiese sentirse Perón, en frase de Félix Luna, «abrumado por el fracaso militar, pero también escarnecido, ridiculizado y, en cierta medida, traicionado». Y añade en certero juicio el mismo escritor: «Nadie hubiera concedido un día más de vigencia política a ese sexagenario que trabajosamente subía al hidroavión paraguayo que habría de conducirlo al primer punto de su largo peregrinaje de exiliado. Y, sin embargo, pasarían los años y la significación popular de Perón fue creciendo, enriqueciéndose de valores ideológicos y cobrando una vigencia que alcanzaría dimensión mítica»<sup>15</sup>.

### **De la «revolución libertadora» ;al Gobierno de «reorganización nacional»**

Ha podido parecer larga esta introducción recordatoria del cuarto de siglo que va desde 1930 a 1955, pero la es-

<sup>15</sup> Félix Luna, *De Perón a Lanusse (1943-1973)*, Barcelona, s. s., pág. 92. Véase, para el denominado «segundo peronismo», el libro de «Guido di Telia, *Perón, 1973-1976*, Buenos Aires, 1983.

timaba necesaria para la mejor comprensión del proceso electoral cerrado el 30 de octubre de 1983. De hecho, la vida argentina ha girado en los últimos tiempos en torno al dilema peronismo-anti-peronismo. Dos años después de la caída de Perón, la fuerza de sus seguidores fue decisiva a la hora de decidir el vencedor de las elecciones de mayo de 1958, pues si ganó el líder de la Unión Cívica Radical Intransigente, Arturo Frondizi, frente al candidato de la Unión Cívica Radical del Pueblo, Ricardo Balbín, fue gracias al voto de los peronistas, imposibilitados de presentar un candidato propio por el gobierno de la denominada «Revolución Libertadora». La habilidad con que ejerció el poder Frondizi corrió pareja con su debilidad política intrínseca, y sí fue capaz de superar treinta intentos de golpe militar, cayó en marzo de 1962 a causa del triunfo, intolerable para las fuerzas armadas, del peronismo en varias provincias, entre ellas la de Buenos Aires. La vigilada democracia argentina no consiguió consolidarse ni en la breve y gris etapa de José María Guido ni en los años (1963-1966) del presidente Arturo Illia, de la UCR del Pueblo. Mientras Frondizi gobernó condicionado por las fuerzas armadas, que desconfiaban de él por haber obtenido el voto peronista, Illia no tenía sino el apoyo de su partido, y si había triunfado fue porque contó con el respaldo militar, por cuanto se remataba así un proceso político orientado y tutelado por los hombres armados.

La inoperancia y atonía del gobierno Illia, su falta de entendimiento con las fuerzas sindicales y su deficiente actuación en el campo económico hicieron que un nuevo golpe militar (junio de 1966) quebrase, otra vez, la debilitada democracia argentina. La junta de comandantes en jefe, como poder constituyente, designó al general Onganía para la presidencia de la nación. La autode-

nominada «Revolución Argentina» apareció con una voluntad de permanencia necesaria para su propósito de modificar la realidad política mediante el cumplimiento de un programa en tres etapas: el tiempo económico, el tiempo social y, por último, el tiempo político. Las contradicciones internas del sistema propuesto más algunas graves manifestaciones de protesta (la más importante fue el «cordobazo») precipitaron el relevo de Onganía por el general Levingston a mediados de 1970, quien fue un presidente de transición para dar paso al general Lanusse, a quien correspondió terminar con la indefinición política y convocar elecciones generales.

Estas se celebraron en marzo de 1973 y sirvieron para que volviese el peronismo, primero por intermedio de Héctor Cámpora, luego del propio general Perón, brillante triunfador en septiembre de 1973, tras veinte años de exilio. El triunfo le llega cuando está cansado y viejo para acometer la gran empresa de reforma y reconstrucción que el país necesita y espera. Su muerte, en julio de 1974, constituye un gravísimo revés para su patria, no tanto por su ausencia como por la ascensión a la presidencia de su viuda con equipo de colaboradores que la rodean y aíslan, incluso de las bases peronistas.

Argentina vivirá desde entonces hasta marzo de 1976 una de las etapas más desastrosas de su historia. Un estado impotente, gobernado por gente sin imaginación ni recursos para hacer frente a la crisis económica y social, una sociedad traumatizada por el terrorismo y la guerrilla, un pueblo empobrecido y abrumado..., eso era Argentina. Y por eso nadie se sorprendió cuando de nuevo las fuerzas armadas tomaron el poder tras deponer a Isabel Martínez de Perón.

Se abre entonces el proceso denominado por sus protagonistas de «reorga-

nización nacional» a partir de la declaración de principios —el «Acta fijando el Propósito y los Objetivos Básicos para el Proceso de Reorganización Nacional»— hecha pública por la Junta Militar, presidida por el general Videla: restitución de los valores esenciales que sirven de fundamento a la conducción integral del Estado, restablecimiento del orden y la seguridad, modernización y mayor eficiencia de la administración pública, desarrollo económico y competencia de mercado, saneamiento moral mediante la lucha contra la corrupción, reforma del sistema educativo, participación responsable de los distintos sectores sociales a fin de asegurar la posterior restauración de una democracia republicana, representativa y federal...<sup>16</sup>

Cuando siete años después el general Bignone, presidente de la nación —después de haberlo sido los generales Videla, Viola y Galtieri—, convocaba las elecciones generales con la pretensión de dar cumplimiento al último de los propósitos reseñados, cabe pensar que quizá el único objetivo logrado haya sido la erradicación del terrorismo, con un alto y doloroso coste político y humano. Miles de muertos y desaparecidos, unos y otros no siempre imputables a los que gobiernan, constituyen una trágica herencia de muy difícil aceptación, como sucede con la ley de amnistía dictada en busca de solución. Pues cabe preguntarse: ¿hasta dónde puede llegar, en un deseo de concordia y de perdón, la generosidad de un pueblo?

Otros muchos problemas quedan pendientes tras estos siete años durante los cuales la crisis económica se ha agrava-

<sup>16</sup> Cfr. Alain Rouquié (comp.), *Argentina hoy*, Buenos Aires, 1982, y Arnoíd Spitta, *El «Proceso de Reorganización Nacional» de 1976 a 1981: los objetivos básicos y su realización práctica*, en Peter Waldmann y Ernesto Garzón Valdés (comp.), *El poder militar en la Argentina (1976-1981)*, Francfort del Main, 1982.

do, como indica, por ejemplo, el hecho de que la deuda externa, que era de siete mil millones de dólares hace diez años, se aproxime a los cuarenta mil millones. Pero lo más significativo es que a pesar del deseo de los argentinos de remediar sus dolencias morales y remontar las dificultades, lo cierto es que persiste un sentimiento popular de frustración y desconcierto. Un hecho dramático —la guerra de las Malvinas— contribuyó a añadir pesadumbre en los ánimos.

### Las elecciones del 30 de octubre

Con ese telón de fondo fueron convocadas las elecciones generales propiamente dichas de una vuelta a la democracia. En ellas se elegían al presidente y al vicepresidente de la nación, a los senadores y diputados nacionales, gobernadores y vicegobernadores de todas las provincias, senadores y diputados provinciales, intendentes, concejales y consejeros vecinales. La elección del presidente y del vicepresidente de la nación se hace, de acuerdo con la Constitución (art. 81), de forma indirecta por un colegio electoral integrado por seiscientos grandes electores o compromisarios. También era indirecta la elección de los senadores nacionales, ya que los nombran las respectivas legislaturas provinciales, con excepción de los dos correspondientes a la capital federal, que son nombrados por un colegio electoral. Si bien los nombres de los candidatos a presidente y vicepresidente y a senadores nacionales —en el caso de la capital federal— figuraban en las papeletas, el ciudadano en realidad votaba por los electores, que a su vez deberían elegir a quienes desempeñarán estas funciones. El sufragio en Argentina, además de individual y secreto, es obligatorio a partir de los dieciocho años y hasta los setenta.

Para estas elecciones se estableció el sistema D'Hont, que ya había sido utilizado en la elección de convencionales constituyentes de 1957, así como en las elecciones de diputados nacionales de 1963 y de 1973.

Se presentaron trece partidos nacionales, además de otros partidos y agrupaciones de distrito o regionales reconocidos por la justicia electoral. Los partidos nacionales eran los siguientes: Movimiento de Integración y Desarrollo, Partido Justicialista, Unión Cívica Radical, Socialista Popular, Demócrata Cristiano, Partido Federal, Frente de Izquierda Popular, Partido Intransigente, Movimiento Línea Popular, Partido Socialista Democrático, de la Democracia Social, Partido Obrero, Movimiento de Acción al Socialismo.

Los programas de los distintos partidos fueron ampliamente divulgados. Los presentados por los radicales y por los justicialistas o peronistas mostraban varios puntos de coincidencia: respeto a la forma de gobierno establecida en la Constitución, reivindicación de las Malvinas, rechazo de la doctrina de la seguridad nacional, política exterior independiente, que para los justicialistas debería estar situada en el marco de la «tercera posición», etc. Mientras el «estilo político» de los radicales tenía un carácter ideológico predominantemente liberal en lo político y en lo cultural y socialdemócrata en lo económico, el de los justicialistas era pragmático, esencialmente antiliberal en lo político y estatista en lo económico, con una señalada importancia de las cuestiones sociales y laborales, propugnándose el principio de asociación compulsiva y una CGT única<sup>17</sup>.

<sup>17</sup> Cfr. Carlos Floria, *Guía para una lectura de la Argentina política*, Buenos Aires, 1983, en especial el anexo sobre «propuestas comparadas de partidos políticos significativos».



En las vísperas de la consulta electoral, el panorama político presentaba unas características que podrían resumirse en los siguientes puntos:

— Creciente polarización de la intención de voto entre dos opciones: la justicialista y la radical, sin que fuese claramente previsible en favor de cuál iba a inclinarse la balanza. El ingenioso dibujante de humor Landrú publicaba pocos días antes de las elecciones en el diario *Clarín* un chiste muy expresivo de la actitud de muchos argentinos y en el que hacía decir a uno de sus personajes: «Yo hasta ahora estaba indeciso, pero le aseguro que el domingo 30 me voy a definir y votaré por Luder o por Alfonsín.» Las encuestas realizadas por las empresas especializadas reflejaban esta incertidumbre, si bien alguna acertó al razonar, en virtud de los datos recogidos, el triunfo radical<sup>18</sup>. A medida que se acercaba la jornada electoral fue aumentando la tendencia hacia el voto «útil» en lo que a candidatos a la presidencia de la nación se refiere, aunque se mantuviese la fidelidad al partido propio respecto al resto de los cargos elegibles.

— Importancia del voto de los jóvenes, que por vez primera en los últimos diez años acudirían a las urnas. Mientras que en 1973 había, aproximadamente, trece millones de votantes, ahora eran 17.890.000. Esos cinco millones de votos jóvenes correspondían a quienes por su edad no habían conocido el primer peronismo, pero sí los años negativos del segundo y los inmediatos del gobierno militar.

— La estructura social del país había cambiado no ya en relación con la

Argentina de 1945, sino también con la de diez años atrás. Las clases medias habían aumentado, lo que se explica por el hecho de que sea el sector de servicios el único en expansión, así como por la creciente transferencia de obreros y otras personas a las actividades «por cuenta propia». Un experto en sociología electoral, Manuel Mora y Araujo, subrayaba en un artículo publicado en vísperas de las elecciones que «la Argentina cuenta hoy con un sesenta por ciento de su población en posiciones de clase media; en todos los segmentos que integran ese sector de la sociedad el radicalismo es mayoritario, mientras en los segmentos que cubren el cuarenta por ciento restante el justicialismo es mayoritario»<sup>19</sup>.

— Deseo generalizado de cambio en el orden político y social unido al cansancio producido por muchos años de inestabilidad política, de insolidaria convivencia social, de quebranto económico.

De todas estas características, merece la pena volver sobre la enunciada en primer lugar: la polarización entre la opción radical y la justicialista. Eso suponía, entre otras cosas, la escasa vigencia de las restantes formaciones y partidos políticos. De nuevo el enfrentamiento iba a tener lugar entre los dos grandes protagonistas de la vida política argentina a lo largo del siglo presente. El tercer gran protagonista, las fuerzas armadas, ha permanecido en una discreta y, en apariencia al menos, neutral actitud, aunque se viniese hablando reiteradamente de un pacto sindical-militar.

La campaña electoral permitió ver que algunos hechos políticos relevantes

<sup>18</sup> El diario *La Nación*, de Buenos Aires, dio el domingo 30 de octubre una amplia información acerca de la investigación realizada por Aresco, S. A., y el mismo periódico afirmaba en un titular publicado el 1 de noviembre: «Al final, la razón la tuvieron las encuestas.»

<sup>19</sup> Manuel Mora y Araujo, *Las tendencias electorales y los cambios en la sociedad argentina*, en «La Nación», Buenos Aires, 28 de octubre de 1983. Aprovecho esta cita para llamar la atención sobre el interesante libro colectivo *El voto peronista*, del que son compiladores Manuel Mora y Araujo e Ignacio Llórrente, Buenos Aires, 1980.

se habían producido en la Argentina de los últimos tiempos. Para el politólogo Carlos Floria tres son estos hechos: en primer lugar, la aparición de una nueva alternativa de poder, el radicalismo, que aparecía como una franca posibilidad de competir con el justicialismo en el orden nacional y en varias provincias. Este fenómeno era nuevo, en el sentido de que durante los últimos treinta o cuarenta años, la *hegemonía* del justicialismo era crecientemente notoria y claramente indiscutible. El radicalismo, a partir del liderazgo de Raúl Alfonsín, ha demostrado capacidad de convocatoria y ha abierto un partido por décadas declinante. El segundo hecho señalado por Floria concierne al fenómeno peronista en sí mismo, y evoca no sólo las consecuencias inevitables para un movimiento de estructura carismática que produce la muerte de su fundador y líder natural, sino el repliegue del justicialismo sobre su base sindical. El tercer hecho se refiere al mundo cultural, aparentemente dispuesto a tener en cuenta las lecciones del pasado, «en el sentido de que una comunidad cultural no sirve a sus miembros y a la sociedad si no distingue entre los hechos y las interpretaciones, si no rechaza restricciones a las libertades fundamentales y al derecho de discusión y de crítica y si no se dispone a "desencantar lo real" para hacer que lo deseable sea probable y la distancia que siempre existe entre los ideales y las realidades que quieren aproximárseles no conduzca a la decepción o al escepticismo resignado»<sup>20</sup>.

El análisis del proceso electoral no quedaría completo si no hiciere referencia a aspectos concretos de la campaña que influirían en los resultados finales. Así el anuncio reiterado del Partido Co-

munista de apoyar al candidato justicia-lista en el colegio electoral, lo que sin duda produjo algún desconcierto en las filas peronistas caracterizadas por su anticomunismo. O el desarrollo de las concentraciones con que los dos principales partidos cerraron sus respectivas campañas electorales en Buenos Aires. Ambas concentraciones tuvieron el mismo escenario: la avenida 9 de Julio. La convocatoria radical, para el miércoles 26, reunió alrededor de un millón de personas en un ambiente de orden y de entusiasmo en el que estaban presentes, con profusión, símbolos tradicionales del radicalismo de siempre, como la bandera rojiblanca o la boina blanca. Dos días más tarde, el justicialismo conseguía reunir casi el doble de asistentes, con la habitual algarabía de bombos y canciones. Las cámaras de televisión que transmitieron ambas concentraciones al país entero reflejaron fielmente el momento en el que el controvertido candidato justicialista a la gobernación de la provincia de Buenos Aires descendía de la tribuna para prender fuego a un simulacro de ataúd con la bandera radical. Ese simple y torpe gesto privó a su partido de miles y miles de votos. (Concretamente, en la provincia de Buenos Aires se registró una diferencia de doscientos mil en favor del candidato a la presidencia, doctor Ítalo Luder.)

El escrutinio de las urnas fue claramente favorable a la Unión Cívica Radical. La fórmula Alfonsín-Martínez conseguía la mayoría absoluta. Y así, cuando el 7 de diciembre se constituyó la Asamblea Legislativa Nacional para proclamar oficialmente a Raúl Alfonsín presidente de la nación, los diputados y los senadores ratificaron el voto de los 600 grandes electores, de los que 336 se habían pronunciado en favor de la fórmula radical frente a los 247 concedidos a la propuesta justicialista encabezada por Ítalo Luder y Deolindo Bittel.

<sup>20</sup> Carlos Floria, *La Argentina secreta, un país político probablemente distinto*, en «La Nación», Buenos Aires, 24 de octubre de 1983.

Asimismo, los radicales obtuvieron la mayoría en la Cámara de Diputados con 129 escaños, mientras que en el Senado la primera mayoría corresponde a los justicialistas, al radicalismo la segunda y tres partidos provinciales —los autonomistas liberales de Corrientes, los sapagistas de Neuquén y los bloquistas de San Juan— se convertirán en fiel, que inclinará la balanza hacia uno u otro lado. (Lógicamente esta distribución en el Senado se corresponde con la de las gobernaciones de las provincias: el radicalismo gobernará en siete provincias y en territorio nacional de Tierra del Fuego, Antártida argentina e islas del Atlántico Sur; el justicialismo lo hará en doce, y los tres partidos provinciales antes aludidos en los tres estados restantes.)

La composición de ambas Cámaras hace temer que en el desarrollo de sus funciones puedan surgir situaciones conflictivas: el artículo 71 de la Constitución ordena que si un proyecto de ley «fuese adicionado o corregido por la Cámara revisora, volverá a la de su origen», y si en ésta las «adiciones o correcciones fuesen desechadas, volverá por segunda vez el proyecto a la Cámara revisora, y si aquí fueren nuevamente sancionadas por una mayoría de las dos terceras partes de sus miembros, pasará el proyecto a la otra Cámara, y no se entenderá que ésta reprueba dichas adiciones o correcciones si no concurre para ello el voto de las dos terceras partes de sus miembros presentes».

En lo que al Senado se refiere, nos encontramos que entre las facultades más políticas de la Cámara alta están los acuerdos preceptivos para los ascensos de jueces, jefes militares y diplomáticos, acuerdos para los que el reglamento fija la aprobación por los dos tercios del Senado.

Para el buen desarrollo y ejercicio del sistema democrático argentino será ne-

cesario que las reglas del juego político sean respetadas tanto por la mayoría radical como por la primera minoría, la justicialista, que cuenta con el respaldo del 40 por 100 de los votos emitidos el 30 de octubre. De ahora en adelante se verá si la polarización bipartidista tiene sentido duradero o si sólo fue un esquema con validez para el proceso electoral. El bipartidismo, ¿se trata de una fórmula con futuro en la vida cotidiana, en los debates y en las votaciones parlamentarias, en las relaciones entre los gobiernos de las provincias donde ha triunfado el justicialismo y el poder federal? La respuesta dependerá del comportamiento del justicialismo como partido en la oposición, con responsabilidades de gobierno en el interior y con peso suficiente en el poder legislativo. Un partido que tiene que superar las tensiones internas entre la línea «política», en la que estaban los candidatos a la presidencia y vicepresidencia de la nación, y la línea «sindical», mayoritaria en el seno del partido, pero tampoco libre de divisiones, que fue la que impuso equivocadamente a su candidato, Herminio Iglesias, para la gobernación de la provincia de Buenos Aires. «De cómo resuelva el peronismo la inevitable conmoción de su derrota dependerá en los años próximos no sólo su persistencia como fuerza política relevante, sino probablemente la suerte de la consolidación del sistema político democrático», ha escrito Carlos Floria<sup>21</sup>.

Dicho queda que la gran base humana del peronismo es hoy las masas trabajadoras y los sectores medios bajos. Pues bien: cuál haya de ser el porvenir del movimiento obrero —en vísperas de las elecciones, las dos grandes fuerzas gremiales acordaron reunir sus esfuerzos para integrar una sola y única

<sup>21</sup> Carlos Floria, *Del antiguo régimen a la democratización*, en «La Nación», Buenos Aires, 3 de noviembre de 1983.

CGT— es una de las grandes cuestiones planteadas en la Argentina. Por otra parte, si, como páginas atrás fue señalado, Perón consiguió desde 1943 atraerse a la clase trabajadora y encuadrarla en los sindicatos por él fortalecidos y darle un sentido nacional, hoy existe la posibilidad de que sean atraídas por el reclamo comunista, Un agudo comentarista político, Iglesias Rouco, tres días después de las elecciones, subrayaba el apoyo comunista a la candidatura Luder-Bittel y hablaba de cómo la izquierda comunista, «que ya se mueve con comodidad entre las masas peronistas disgregadas (en las fábricas de los circuitos industriales de Buenos Aires, Córdoba y Rosario los activistas izquierdistas actúan detrás de los delegados de "base")» se situaría también en la cumbre del partido, o por lo menos en sus niveles intermedios»<sup>22</sup>.

Con todos los datos hasta ahora presentados como telón de fondo, la Argentina inicia una nueva y apasionante experiencia: la de un régimen democrático. «Si votamos por la democracia, es bueno saber que ella se perfecciona defendiendo el valor supremo de la legitimidad constitucional», recordaba a sus compatriotas el profesor Natalio R. Botana<sup>23</sup>. En los días previos a la jornada electoral, representantes de todos los partidos políticos suscribían la denominada «Carta Democrática», que, inicialmente promovida por la Democracia Cristiana, encerraba el compromiso para todos de defender el nuevo régimen constitucional y salvaguardar los derechos de la persona humana. Si el espíritu que animó este compromiso se mantiene en el futuro inmediato, se habrán dado

<sup>22</sup> J. Iglesias Rouco, *Otras maniobras*, en «La Prensa», Buenos Aires, 3 de noviembre de 1983.

<sup>23</sup> Natalio R. Botana, *La victoria de Raúl Mjonsín*, en «La Nación», Buenos Aires, 1 de noviembre de 1983.

pasos importantes para la consolidación de una vida colectiva con libertad y justicia. En un artículo escrito pocas horas después del triunfo radical, Julián Marías recordaba que «el gobierno triunfante no es del partido propio, sino de todos, en el doble sentido de que con todos tiene que contar y que todos tienen que reconocerlo como *su* gobierno. Si esto no ocurre, la democracia se prostituye y deja de ser real para convertirse en un nombre, pabellón destinado a cubrir cualquier forma de presión»<sup>24</sup>.

Y es que la democracia no es una solución en sí misma, sino un marco, un sistema en el que todos —ciudadanos, partidos, instituciones— tienen que encontrar su lugar, desempeñar su papel, atenerse a las reglas del juego.

El presidente Raúl Alfonsín, en su mensaje al Congreso de la nación, subrayó el talante democrático con que inicia su mandato. Dos párrafos muy significativos cierran este análisis de urgencia:

«Vamos a establecer definitivamente en la Argentina la democracia que todos los argentinos queremos, dinámica, plena de participación y movilización popular para los grandes objetivos nacionales, en el marco bien definido pero históricamente flexible de nuestra Constitución, que garantiza todos los derechos, todas las libertades, todos los avances sociales y culturales del mundo moderno, a la vez que asegura la responsabilidad de los gobernantes ante el pueblo a través de los mecanismos jurídicos y políticos de control que la misma Constitución ha previsto y de la periódica renovación de los poderes mediante el ejercicio del sufragio.»

«La democracia no se establece solamente a través del sufragio ni vive sola-

<sup>24</sup> Julián Marías, *La Argentina hacia la democracia*, en «ABC», Madrid, 1 de noviembre de 1983.

mente en los partidos políticos. La democracia necesitará que el conjunto de la sociedad exprese aun las temáticas específicas desde el compromiso representativo y republicano. No desconocemos la existencia de instituciones cuya tremenda trascendencia espiritual orienta la vida cotidiana de millones de argentinos ni la existencia de asociaciones intermedias. Unas y otras podrán colaborar en el gran debate nacional como partícipes de la forma de vida democrática, sin que se descarte la existencia de

nuevos canales para expresar la compleja realidad de nuestro tiempo, pero en el reconocimiento, siempre, de que los objetivos son establecidos por el conjunto de la nación, a través de sus representantes, y no de acuerdos dominantes o corporativos entre los sectores realizados con prescindencia de las legítimas representaciones o aun, como ha ocurrido en este país, en contra de las legítimas representaciones.»

A. L. C. \*

\* Profesor de Regímenes Políticos Iberoamericanos en la Facultad de Ciencias Políticas y Escuela Diplomática.